

CARMEN CASADO LINAREJOS, *La poesía de Miguel de Santiago*. Edición de la Institución Tello Téllez de Meneses. Palencia 2020, 113 pp.

El libro de Carmen Casado, **La poesía de Miguel de Santiago**, es el tercero que escribe estudiando a los poetas palentinos contemporáneos. Empieza con una presentación del mismo por Julio Jensen Casado, de la Universidad de Copenhague, y termina con el propio Miguel de Santiago, envolviendo ambos el estudio de la autora por el recorrido de la obra del poeta.

Carmen Casado emprende con claridad y precisión el trabajo crítico de un poeta religioso en el que arranca desde su condición de catedrática de Literatura, comprometida no en los temas profesionales, sino con el anhelo personal de estar al tanto de la poesía que brota a lo largo de su tiempo y de amante de la poesía, inquietud no muy abundante entre los conductores de la enseñanza literaria en el bachillerato.

Todo ello le vale, y le sirve, a la autora para ahondar en lo que hay dentro de la poesía de Miguel de Santiago, que aunque es tenido como poeta religioso -no solo de pan vive el hombre- se alimenta también de los verdores de otros campos, como pueden ser su tiempo, sus inquietudes humanas y su vivir en la naturaleza trágica de la Tierra de Campos, pues no en balde nació y vivió -y no la olvidó- en los tiempos que marcan al hombre, en pleno corazón de ella, y, además, de padres labradores, experiencia necesaria y obligada que llevará a los dentro, y no solo de mirarla, sino de sufrirla en el estado de libertad temporal fuera del Seminario.

Carmen Casado interpreta la poesía de Miguel de Santiago como “una autobiografía sentimental que arranca de su infancia, continúa con la llamada vocacional al sacerdocio y se entrega al Amor divino recreándose en la

contemplación de la obra de Dios que colma de paz y luz al poeta,” en la que se fija, y destaca, el dolor de la renuncia de un hombre, apenas iniciado, por su adhesión a los lugares humanos y el afluir a esa vocación que le lleva a apartarse de ellos, por más que los aspire en el vuelo del deseo. Este dolor le acompañará en su obra y le llevará a la mística, que no es más -y siempre lo fue- que un mundo de insatisfacción de tanto pretender llegar a su fin: la unión con Dios. Y es una lucha que se ha de producir en todo sacerdote en el binomio renuncia y esperanza, amor humano y amor divino, mundo y su abandono.

Libro a libro, poema a poema, estudia la estructura poética y su lenguaje, el verso en su expresión más pura y destacada. El poeta ha tenido la suerte de encontrarse con una estudiosa plena en el saber cristiano que la ayuda a desentrañar todo el mundo religioso y místico que aparece en la poesía de Miguel de Santiago, por eso manifiesta la autora que “el sacerdocio es renuncia y lucha permanente con uno mismo”, algo en que participa este poeta.

Carmen Casado bucea en la estructura de los poemas analizando el ritmo, el uso de las palabras y sus acentos para dar fluidez mística al mensaje o al estado anímico. Estado que estudia en profundidad y va descubriendo en su trabajo crítico. Y no olvida en colocar al poeta en sus accesos místicos en el pobre, trágico y esplendoroso paisaje de Tierra de Campos; y no hay contradicción entre pobre y esplendoroso, las dos realidades está ahí para quien sepa mirarla, que no hay más que ir a la pintura de Díaz-Caneja o a las palabras de Blas de Otero: “De las tierras de España la que más me complace es Tierra de Campos”, o, “El paisaje de Castilla es un estilo, es uno de los más impresionantes del mundo. Esos ocres, esos amarillos, esos pardos, esos cielos azules infinitos no se pueden mejorar. Viendo los campos yermos de Castilla se explica uno a Quevedo, a Antonio Machado, tan distintos.”

Carmen Casado se funde tanto en la poesía de Miguel de Santiago que hasta llega a hacer un descubrimiento: “La belleza no posee únicamente un valor estético, sino que trasciende a un sentimiento profundo de libertad adquirido al vencer al pecado y alcanzar la gloria.” Y no puede ocultar que hay mucho rastro autobiográfico en el autor a lo largo de las etapas de su vida, contenido en sus poemas en los que se hallan muy pocos momentos de alegría y sí parvas de tristeza en infancia, juventud y madurez, etapas que marcan el perfil de tantos sacerdotes, no sé si por la entrega o por la renuncia, y que en este poeta están claros.

Y volviendo a la forma diré que está estudiada y descrita en cada libro, y es algo que Carmen Casado destaca. Valga este ejemplo: “destaco la alternancia vocálica, las repeticiones, la sabia combinación de las sílabas tónicas y átonas, los encabalgamientos suaves -y en otro libro nos dirá bruscos- o los grupos binarios”. Y añade ejemplos. “La versificación es esa que ya conocemos: alternancia de arte mayor y de arte menor en la silva impar constante, encabalgamientos estratégicos para modular el ritmo, alternancia acentual de las sílabas, asíndeton que contrarresta la longitud de las oraciones.” Visión genérica que ampara toda la obra. No entiendo que algún crítico acuse a Carmen Casado de no atender a la forma de la poesía de Miguel de Santiago, algo que se observa particularmente en el estudio de cada libro. Casi creo que tal crítico no ha reparado en que el libro es un estudio de la poesía de un autor y, por cerros lejanos, quiere destacar el valor de la poesía estudiada y no repara en la persona que trabaja en ella. Porque no es la consideración sobre la poesía de Miguel de Santiago lo que debe destacar el lector crítico -eso ya lo ha hecho Carmen Casado- sino su libro. Separar el grano de la paja, que es lo que se hace en las tareas con las parvas, algo que bien conoce el hombre Miguel de Santiago.

Y como su poesía es autobiográfica -el poeta canta su vida y su sentimiento en el tiempo- no oculta Carmen Casado cómo dos etapas marcan la ruta de su poesía: la infancia y la juventud, la luz y la sombra, lo positivo y lo negativo, lo asidero y lo despreciable, la felicidad y el sometimiento a los métodos destructores de la personalidad individual del joven en el Seminario que vivió y sufrió. Y en medio, la soledad, que es feliz en la infancia y trágica en la juventud, y, por contraste, heridora.

Carmen Casado hace un trabajo exhaustivo de la poesía que estudia analizando y abriendo cada libro del autor y cada poema de ellos, algo difícil de encontrar en los estudios críticos sobre la obra de un poeta, y sin notas a pie de página, malditas y destructoras en el empeño de adentrarse en la lírica y su poesía, y sí presuntuosas indicadores del saber de quien las coloca, que es lo que le interesa sobre todo.

En este estudio, la autora incide en el baño de tristeza que riega los poemas -“quien lleva el cajón, sabe lo que pesa el muerto”, dejó dicho Cantinflas en una de sus películas-. Y es que la tristeza forma parte de la personalidad de este poeta pues que marcó su vida y da luz y hondura a su obra. ¿Quién puede señalar -aparte *El Cantar de los Cantares*- algo ejemplar y duradero en un poeta alegre? Porque ni siquiera el libro *Alegría* de José Hierro es tal. Así que nadie tome la tristeza como algo peyorativo o negativo, sino constructor. Estoy con Carmen Casado en que la tristeza da cuerpo y hondura a la poesía de Miguel de Santiago. Sin ella y la renuncia a los sabores comunales humanos, no habría llegado a la mística este poeta al que considera máximo representante de la actual.

Marcelino García Velasco